

Razas y clases sociales en *María*

CARMEN VAZQUEZ*

María, de Jorge Isaacs, es una de las novelas más estudiadas en la América Latina. Novela sentimental, novela de la naturaleza, matizada por una fuerte dosis de color local, *María* es algo así como la *Atalá* latinoamericana, razón por la que no pocos han tenido que leer las novelas de Chateaubriand y de su predecesor Bernardin de Saint-Pierre.

Tradicionalmente, los elementos sociales que se encuentran en ella, quizás por su carácter conflictivo, parecían evadirse como tales. Con mayor frecuencia se les incluía en el llamado color local o se les consideraba como parte de un universo cristiano, modelado a la europea. Una vez más el autor del *Génie du Christianisme* dejaba sentir su peso.

No obstante, un estudio detallado del texto nos hace descubrir también una novela donde se exponen varios aspectos de la sociedad de la época. Sin que Jorge Isaacs asuma una posición analítica, esta sociedad aparece aquí jerarquizada, de manera casi inflexible, regida por un sistema en el cual lo racial y lo económico están intrínsecamente ligados. *María* resulta ser entonces obra profunda y esencialmente americana.

La Colombia presentada por Isaacs es una república joven en la que impera el orden establecido por la burguesía criolla, descendiente de españoles, que, como sabemos, se convirtió en clase predominante una vez que las antiguas colonias obtuvieron su independencia.

* Doctora en literatura de la Universidad de París, profesora universitaria en Francia, autora de varios estudios publicados en Francia, Estados Unidos y América Latina.

La madre de Efraín es el ejemplo perfecto para corroborar lo que hemos dicho. Es hija de un capitán de navío español al que se le otorga el calificativo de "intrépido". (Pág. 19). Para casarse con ella, el padre, judío de procedencia inglesa, tiene que negar su condición primaria, aceptar la religión de su mujer y dejarse asimilar por otros aspectos de la cultura de ésta.

Efraín, como Emma y los otros, están por su parte perfectamente insertados en la sociedad criolla, de cuya jerarquía superior forman parte. Son pues "blancos" como la madre y como el padre que se ha cristianizado. Lo mismo sucede con María. Al hermanarse a Efraín y al resto de la familia, al dejar de ser Ester y al asumir su nuevo nombre, accede a la burguesía criolla y, como tal, es blanca. Todo lo que concierne a ella se juega en función de su blancura que trasciende en su pureza y en virginidad.

Los personajes hasta ahora mencionados componen una unidad específica: la familia. La ordenación de ésta concuerda con los patrones tradicionales. Es el padre quien controla toda la jerarquía. Este, a su vez vive otra condición, en un marco más amplio. Es, indudablemente, el "primus inter pares" de los terratenientes del Valle del Cauca, representados aquí por dos familias que ocupan escalafones inferiores en una misma jerarquía. Se trata primero de los señores de M..., esto es de don Jerónimo y sus hijos Carlos y Justiniano; luego, de Emigdio y su familia.

Los diferentes grados de esa jerarquía principal se hacen evidentes por la manera en que ellos se tratan entre sí y en que ellos tratan a los miembros de las clases inferiores. Más importante es su lugar en la jerarquía, más paternalista, más idealista, es su comportamiento.

Comencemos por Efraín, el burgués generoso por excelencia, cuya "seriedad" (pág. 227), se nos dice, había heredado de su madre, la criolla hija del español. Es él quien nos pone en contacto con todos los otros mundos de la novela y esto no solamente porque asume el papel de narrador, sino porque es el único que se mueve con facilidad entre las diferentes jerarquías.

A través de Efraín conocemos la vida cotidiana de los hacendados. Todo parece definirse en ella. En la casa, calificada de "mansión" (pág. 248, 258) impera el orden. Cada pieza, aposentos, oratorio; costurero, sobre todo el comedor, cumple a cabalidad con una par-

ticipación en un mundo donde la ceremonia rige el comportamiento cotidiano.

Así, la familia de Efraín se reúne en el comedor, teatro donde los personajes son actores y espectadores a la vez. Consecuentemente, el comedor se convierte en la novela en el lugar de reunión por excelencia. Allí poco se come aunque sí se toma el refresco y el café; sobre todo, aquí se habla. Es el lugar perfecto para estar "en sociedad" (p. 43).

El mismo orden se trasluce en el jardín. La naturaleza salvaje de la sierra y de los ríos aparece aquí tallada y cultivada. Y muchas flores que crecen espontáneamente en los bosques son allí nombradas. El jardín denota pues un refinamiento comparable al que caracteriza al personaje de Marfa, a quien se asocia siempre con rosas y azucenas (p. 23, 179, 180, 220, 224, etc.), las flores que más se adaptan al pigmento característico de su grupo social (p. 18, 27, 47, 88, 90, etc.).

El ambiente de refinamiento y solvencia económica de la familia puede igualmente observarse en otros aspectos de la vida cotidiana. Marfa y Emma viven prácticamente en el costurero de la madre, dedicándose a las llamadas labores de la mujer. Como la madre, no participan del trabajo de la cocina, aunque sí hacen dulces y café cuando reciben invitados.

Por otra parte, representantes de una gran burguesía rural, ambas ignoran algunas de las costumbres de la vida urbana. Así, Emma sabe tocar la guitarra y cantar (p. 79, 82, 125) pero ninguna de las dos sabe bailar, como las mujeres de Bogotá (p. 80). Ninguna tampoco ha tenido una educación formal.

Hablé a Marfa y a mi hermana del deseo que habían manifestado de hacer algunos estudios elementales bajo mi dirección...

Nos reuníamos todos los días dos horas, durante las cuales les explicaba yo algún capítulo de Geografía, leíamos algo de Historia Universal, y las más veces muchas páginas del Genio del Cristianismo. (p. 30).

Semejante, aunque diferente, es el caso de los señores de M... La partícula que precede al apellido de don Jerónimo los sitúa como descendientes de antiguos colonos españoles. Lo mismo sucede con la descripción de su vivienda:

La hermosa casa de los señores de M..., con su capilla blanca y sus bosques de ceibas, se divisaba a lo lejos, a los primeros rayos de la luna naciente, cual castillo cuyas torres y techumbres hubiese desmoronado el tiempo (p. 35).

Este hacendado rico, criollo de vieja cepa, "habla siempre a la orilla de un río" (p. 72). Nótemos además que crítica a su hijo Carlos porque a éste no le gusta madrugar (p. 85) y que le aburre la música, como se observa en la escena de la guitarra durante la cual, se nos dice, "bostezó de seguida dos veces" (p.82).

Su hijo Carlos, por el contrario, es el hacendado que, tras su estadía en Bogotá, aspira a ser un dandy. Contrario a Efraín nunca lee. Siempre anda en el campo con guantes y paraguas. Le huye al sol y hace que le ensillen el caballo: "¡Todo por no ponerse moreno y no ensuciarse las manos!" (p. 54), afirma Emigdio. En más de una ocasión se nos habla de su blancura, con sus "mejillas sonrosadas" y "rostro de porcelana" (p. 76-77), descripción que concuerda con lo que Efraín califica de "la hidalguía de su carácter" (p. 102). En fin, al aludir a los esclavos de su hacienda lo hace llamándoles por su color: "negros" (p. 189).

Contrario a Efraín también, Carlos desea entrar en una jerarquía superior a la suya, pues se pasa la vida añorando la sociedad de Bogotá, de la que sólo recuerda lo que para nuestro héroe era su aspecto más trivial. Mira en menos a su padre y tías de quien sólo capta las "campesinadas" y "humos y gazmoñerías" (p. 190) y sueña en casarse con Matilde quien encarna para él "los refinamientos y recreaciones" (p. 189) de la sociedad capitalina.

Mucho más aferrado a la tierra y a sus tradiciones es Emigdio, caso totalmente opuesto al de Carlos. La descripción que se nos da de él lo corrobora:

Aquella blancura; aquellas patillas enralecidas y lacias, haciendo juego con la cabellera más desconsolada en su abandono que se haya visto; aquella tez amarillenta descaspando las asoleadas del

camino; el cuello de la camisa hundido sin esperanzas bajo las solapas de un chaleco blanco, cuyas puntas se odiaban; los brazos aprisionados en las mangas de una casaca azul punta de diamante; los calzones de cambrún con anchas trabillas de cordobán, y los botines de cuero de venda alustrado (p. 50).

El mismo desorden esencial predomina en la descripción de la casa de sus padres:

La casa grande y antigua rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alcaída sobre el alto y tupido bosque del cacaotal (p. 49).

Su padre es "rico propietario" (p. 55), aunque de los que trabajan realmente el campo. La madre no es menos criolla, como se observa en la descripción del almuerzo donde, "no hubo grandezas, pero se conocía que la madre y las hermanas de Emigdio atendían eso de disponerlos" (p. 53).

Es pues lógico que, pese a la riqueza de sus padres y a la amistad que le une a Efraín desde los días de estudiante de Bogotá, Emigdio no frecuente, como Carlos sí lo hace, la mansión de nuestra primera familia. Por tal razón, le dice al amigo visitante:

En tu casa creo que viven con mucho tono, y se me figura que una de esas niñas criadas entre holán, como las de los cuentos, necesita ser tratada como cosa bendida (p. 54).

Y si descarta de su mundo a María y a Emma por lo inaccesibles que son para él, rechaza también las mujeres de la capital. "En Bogotá no hay señoras; estas son todas unas coquetas de siete suelas" (p. 52), nos dice. Su gusto, en materia de mujeres es muy diferente:

...se había enamorado locamente de una preciosa "ñapanguita", debilidad que procuraba esconder a la malicia de don Ignacio, pues que éste había de pretender desbaratarle todo, porque la muchacha no era señora...

Pero ¡Como si pudiera convenirme a mí de casarme con una señora para que resultara de todo que tuviera que servirla yo a ella en vez de ser servido! Y por más caballero que yo sea, ¿qué diablos iba a hacer con una mujer de esa laya? Pero si conocieras a Zoila... Se le volvería la boca agua... Sus ojos son capaces de hacer ver a un ciego; tiene la risa más linda, los pies más lindos y una cintura que... (p. 57).

Emigdio, más instintivo y espontáneo que sus amigos, sobre todo, más independiente en el pensar y el actuar, no vacila en querer a una mujer fuera de su propia clase social y, contrario a las intenciones de Justiniano con Aslomé o a las relaciones que tuvieron los padres de Tiburcio, desea casarse con ella. Efraín no puede entender un comportamiento que rompe las jerarquías inflexibles de la sociedad. Por eso pregunta: "¿Con una mujer del pueblo? ¿Sin el consentimiento de tu padre?" (p. 57).

No obstante, Emigdio que no tiene prejuicios con respecto a Zoila se muestra totalmente insensible en cuanto a esclavos se refiere. Cuando Efraín indaga sobre el accidente que causó la mutilación de Otho, el niño esclavo, contesta: "Metiendo caña al trapiche: ¡son tan brutos estos! No sirve ya sino para cuidar caballos". (p. 53).

Polo opuesto a esta clase social es la de los negros, la cual a su vez se divide en esclavos y en libertos. En ambos casos, Jorge Isaacs expone una visión poco optimista de la compleja situación. Esto puede observarse al leer la más idealista de las descripciones en la que el narrador nos habla de la próspera hacienda de su padre:

Los esclavos, bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos y afectuosos para con su amo (p. 15).

Pude notar que mi padre, sin dejar de ser amo, daba un trato cariñoso a sus esclavos, se mostraba celoso por su buena conducta (p. 16).

Forman parte de este cuadro Bruno y Remigia a cuya boda asistimos. Muchos aspectos del mundo de los esclavos sale a relucir a través de estos personajes. Si a Bruno se le describe como "un

joven negro de notable apostura" (p. 16) a Remigia se la atribuye la "gentileza y donaire que eran de esperarse de su timbre cimbrador" (p. 17). La sensualidad de la joven esclava resalta, sobre todo, durante el baile que festeja la boda. Esta, a su vez, muestra que, como en el caso del cuarto que se le asigna a la nueva pareja (p. 16), todas las actividades de la hacienda dependen de las decisiones del amo. Por tal razón, al acceder al baile, el padre de Efraín se justifica, diciéndole a Bruno: "Justo es; te portas muy bien" (p. 16).

El baile es sobre todo un vehículo del autor para presentarnos unos de los aportes más importantes de la cultura africana en la América Latina. No es nuestro propósito abordar aquí un tema tan amplio. Sí, sin embargo, debemos señalar que se trata de una música con méritos innegables que corrobora la coexistencia de dos mundos dispares:

...había en sus cantos tan sentida combinación de melancólicos alegres y ligeros acordes; los versos que cantaban eran tan tiernamente sencillos, que el más culto aficionado hubiera escuchado en éxtasis esta música semisalvaje (p. 17).

La admiración de Jorge Isaacs por la música de origen africano se observa hasta en el detalle con que se nos ofrece la descripción de los instrumentos. Esto es evidente tanto en la escena de la boda, donde se hace alusión a flautas primitivas y a instrumentos de percusión, como en aquella otra, hacia el final de la novela, en que Efraín escucha "una música tristísima" que identifica como la de una marimba, instrumento que por lo demás describe (p. 240).

Los horrores de la esclavitud como institución y la realidad de los esclavos en América, sometidos a un proceso de aculturación que funciona simultáneamente en varios niveles, están presentados en la novela a cabalidad a través de Nay. Enrique Anderson Imbert, al referirse a su historia, escribe:

En María se nos devuelve la imagen coloreada de nuestra vida americana: americanismo, no exotismo. Sólo que el exotismo era un rasgo tan típicamente romántico que Isaacs no quiso renunciar a él: y nos dio el cuento de Nay y Sinar en marco africano. Africa fue para Isaacs lo que América par Chateaubriand.

Estamos en completo desacuerdo con las ideas de Anderson Imbeert. A nuestro entender, la historia de Nay, en ambos lados del Atlántico, nada tiene de exótico. Es más, todo parece indicar que se trata justamente de lo contrario. El propio autor, al citar los trabajos de Cantú y de Malte-Brun (p. 155 y 157) revela la documentación histórica que usó al respecto. Además, una lectura detenida de los capítulos consagrados a ella no hace sino corroborar lo que hemos dicho.

Tres estados de Nay revelan las tres situaciones que le tocó vivir. Cada estado además se haya definido por el contexto histórico en que se la encuentra.

El primero de estos estados la sitúa en el Africa como hija de "uno de los jefes más distinguidos de los ejércitos de Achanti" (p. 155). Por tal razón, se nos describe la situación general en esa parte del oeste del continente, plagada por un sinnúmero de guerras tribales. A excepción del encuentro con los dos misioneros franceses, que sí parece inspirarse de los capítulos dedicados a las misiones del *Génie du Christianisme*, todo lo presentado en la novela concuerda con los datos que tenemos concernientes a la relación de las guerras intertribales con la trata de esclavos de las regiones adyacentes al Golfo de Guinea.

Sabemos que la trata se efectuaba realmente así, y también el transporte en barcos negreros, con sus conocidos abusos y epidemias, la venta por separado de marido y mujer, en fin, el comercio de esclavos en una región donde, si bien la esclavitud seguía en vigencia, la trata, como tal, había sido legalmente abolida.

Los que conocemos la historia del Caribe, a la que pertenece Colombia, único país de la América del Sur cuyas costas dan tanto al Caribe como al Pacífico, sabemos que en esa región la trata de esclavos fue combatida con vigor y que España llegó a tomar medidas importantes para controlarla. Prueba de ello fue la firma, por Fernando VII, en 1817, de un tratado con Inglaterra prohibiendo el comercio de esclavos controlado en esa época por los ingleses y que le concedía a estos lo que se llamó el derecho de visita. Pero es un hecho que el decreto no paró la trata. Al contrario, hizo de ella un contrabando, regido principalmente por los ingleses aunque en colaboración con ciertos negreros establecidos en la isla de Cuba. Este es el caso de Thomas Sardick en la novela. Por lo

demás, Isaacs cita la nueva legislación bolivariana para esclavos y manumisos de 1821 (p. 173), que solucionó algunos problemas en las recién establecidas repúblicas americanas.

Todo ello confirma que lo acaecido con el personaje de Nay, al ser completamente ilegal, es, por su carácter de contrabando, la ley del día. Por tal razón, el padre de Efraín, al saber de manos de la mulata Gabriela que Nay acababa de ser importada, piensa, según el recuento de Efraín:

Mas guardóse bien de dar a conocer a Gabriela el error cometido, y esperó una ocasión favorable para proponer a William que le vendiera a Nay (p. 173).

Cuando el padre de Efraín compra a Nay, no solamente la trata de esclavos ha sido abolida, sino que también los hijos de esclavos, por las legislaciones anteriormente citadas, se han convertido en manumisos, logrando ser enteramente libres a los diez y ocho años. Gabriela, que sirve aquí de informadora, se lo dice a Nay. (p. 177).

Así pues, de hija de jefe Achanti y de esclava separada de su marido, también esclavo, Nay se convierte en liberta. Este tercer estado se debe a que, como dice el padre de Efraín: "yo no necesito una esclava, sino un aya que quiera mucho a esa niña" (p. 174). Por ello creo darle dos opciones: "Eres libre para quedarte o ir a habitar con mi esposa y mis hijos en el bello país en que viven" (p. 174). Pero, como liberta, ¿tiene Nay la posibilidad de disfrutar realmente su libertad? De hecho, el padre de Efraín la libera antes de 1851, esto es, antes de la liberación de esclavos en Colombia. Nay podría disfrutar de ciertos privilegios negados a sus homólogos en raza. Sin embargo, aunque ya no es esclava, ha sido reducida a la clase más inferior de la sociedad: pertenece a la servidumbre de la mansión familiar. Su libertad no le ha conseguido lo que realmente desea: el regreso a África y el reencontro con Sinar. Al contrario, su nuevo status no solamente la ha situado a ella, sino también a su hijo Juan Angel, en condición francamente deplorable.

A esto debemos añadir que Nay, una vez en la hacienda del Valle del Cauca, debe asumir el nombre de Feliciano. De tal suerte, Jorge Isaacs muestra cómo el proceso de aculturación de los esclavos

elimina toda posible identidad de la víctima con su medio natal. Nay, que ya era cristiana en Africa, se ve forzada, en Colombia, a responder al nombre de Feliciano. No obstante, contraria a Juan Angel, que, como primera generación nacida en tierra americana, se ha asimilado plenamente, Nay nunca es Feliciano. Y, como el padre de Efraín sueña con Londres, ella lo hace con su tierra natal. En la novela se nos dice, al hacer Efraín alusión a sus "fantásticos cuentos" (p. 174), comparables a los "maravillosos cuentos del esclavo Pedro" (p. 13), que, en las realidades y en las fantasías de Nay únicamente rigió el recuerdo del Africa natal (p. 174).

Si bien Nay vive y muere en el recuerdo, otros negros que aparecen en la novela, viven su realidad en el presente latinoamericano. Esta realidad, sin embargo, dista mucho de ser feliz. El caso más evidente es el de Bibiano, quien, tras enormes esfuerzos, pudo comprar la libertad propia y la de su mujer. Por él sabemos que, viudo, pues los esfuerzos y trabajos inhumanos finiquitaron prontamente a su mujer, la vida de los libertos podía mostrarse con algún optimismo. Rufina, su hija, irradia vitalidad. Además, su casa, leemos, es "una de las mejores del río" (p. 236). Así, quizás no él, pero sí Rufina, puede aspirar a una vida mucho más esperanzadora.

Entre la clase de los blancos y la de los negros, se hayan situados, como puentes, otra clase social, la de los mestizos. Esta clase intermedia, más blanca, más morena, tiene un lugar subordinado en las estructuras sociales presentadas en la novela.

El caso más evidente es el de la familia de José. Pequeño agricultor, propietario, José de pelo blanco y "frente tostada" (p. 25) es el padre de una familia donde todo es "laboriosidad, economía y limpieza" (p. 24). El autor nos lo presenta como oriundo de Antioquia. Es montañés. Su relación con Efraín es una mezcla de lo que él realmente es y de lo que ambos pensaba que tenía que ser:

José mismo, en nuestras cacerías, es decir, en el campo de batalla, ejercía sobre mí una autoridad paternal, todo lo cual desaparecía siempre que se presentaba en casa, como si fuese un secreto nuestra amistad leal y sencilla (p. 62).

Efraín frecuenta la familia, visitándola y comiendo realmente con ellos. En la mesa se afirman y se anulan a la vez las jerarquías:

A nuestro regreso encontramos servido, en la única mesa de la casa, el provocativo almuerzo. Campeaba el maíz por todas partes: en la sopa de mote, servida en platos de loza vidriada, y en doradas arepas esparcidas sobre el mantel. El único cubierto del menaje estaba cruzado sobre mi plato blanco y orillado de azul (p. 25).

En la novela José tiene dos hijas: Tránsito y Lucía. El papel de la primera es sumamente importante. La otra, que generalmente hace de compañía, corrobora, al final, todo lo que representa Salomé.

En Tránsito observamos a la joven montañesa, tímida, devota y fiel con los suyos y con los de las jerarquías superiores. No obstante es ella quien plantea uno de los problemas principales de la novela. Programando su boda con Braulio, participa de la siguiente conversación con María, Emma y Efraín:

—Si en la provincia solamente los blancos andan a caballo; ¿no es así, padre?

*—Sí; y los que no son blancos, cuando están viejos.
—¿Quién te ha dicho que no eres blanca? —pregunté a Tránsito—. Y blanca como pocas.*

La muchacha se puso colorada como una guinda, al responderme:

*—Las que yo digo son las gentes ricas, las señoras.
(p. 112).*

La relación entre el color de la piel y la clase social no puede ser aquí más evidente. Ser blanco significa algo que trasciende la raza. Significa, de hecho, una clase cuyo lugar en la jerarquía social depende también de lo económico. Por lo demás, si Efraín insiste en la blancura de Tránsito, esto no debe considerarse como una muestra adicional de paternalismo. Según José Pérez de Barradas, en su libro *Los Mestizos de América*:

Las castas, pues, de América no tenían por base principios racistas absolutos. Así, por ejemplo, se consideraba como blanco también al que tenía 1/8 de sangre india o al que tenía 1/6 de sangre negra.

El pensar de Tránsito es compartido por Braulio. Esto puede observarse con especial interés durante la escena de la hacienda en la que también participa Carlos. Braulio trata a Efraín de "patrón" (p. 65, 92), estableciendo así una distancia entre ambos. Efraín se esfuerza por acortar esta distancia:

Acababan de traernos el café y obligué a Braulio a que aceptase la taza destinada para mí. Carlos y su padre no disimularon bien la extrañeza que les causó mi cortesía para con el montañés (p. 86).

Luego leemos:

...se hizo que se nos sirviera temprano el almuerzo a Carlos, a Braulio y a mí.

No sin dificultad logré que el montañés se resolviera a sentarse, a la mesa, de la cual ocupó la extremidad opuesta en la que estábamos Carlos y yo (p. 91).

No cabe pues duda de que Braulio, al igual que Tránsito, su mujer, soportan mal la sociedad jerarquizada del Valle del Cauca. Su resentimiento se agudiza durante la cacería del venado sobre la cual el montañés afirma:

—Su amigo está furioso, y yo soy quien le he puesto así para vengarme de la chacota que me hizo de mis perros esta mañana.

Yo le pedí que me explicase lo que decía.

—Me supuse —continuó Braulio— que usted le cedería el mejor tiro, y por eso dejé la escopeta de don Carlos sin municiones cuando me la dio a cargar (p. 95).

Braulio y Tránsito representan además la pareja que llega a ser feliz. Su comparación con los amores malogrados de María y Efraín y de Nay y Sinar es evidente. Como María, Tránsito representa la dulzura y la castidad, cualidades que en el caso de la montañesa adquieren un valor adicional con la maternidad.

Estas características también son atribuidas a Lucía, sólo que en ella, tras el maquillaje de la timidez, se descubre una sensualidad fuera de equívocos (p. 211-13). Podría decirse que Lucía es una Salomé en tono menor.

La familia de Custodio se le asemeja a la de José aunque sólo en lo exterior. A la armonía de estos, se le opone la rebeldía de Salomé y la casi violencia de Custodio, su padre, ante esta rebeldía.

Salomé no esconde el deseo de alterar ese sistema de clases sociales prácticamente estático. Por tal razón, Custodio le dice a Efraín:

...si la muchacha se me encapricha, sí, le juro que un día de estos la encajo en uno de mis mochos y al beaterio de Cali va a dar, que ahí no se me le ha de asentar una mosca; u, si no sale casada, rezando y aprendiendo a leer en libro, la tengo hasta que San Juan agache el dedo. (p. 194).

El comportamiento del padre y de la hija enfatiza aún más la distancia entre la clase social de Efraín y la de los montañeses. Queda aquí también en evidencia que solamente las clases privilegiadas tienen acceso a la cultura. Prueba de ello es el pasaje recién citado donde se nos informa sobre el analfabetismo de la familia de Custodio, que a su vez es representativa de la jerarquía a que pertenece. Debemos añadir que si los mestizos son analfabetos, los negros, la clase menos favorecida de todos, tiene que serlo forzosamente.

La distancia entre clases puede observarse también en el coqueteo, nada inocente por cierto, entre Salomé y Justiniano, llamado "el blanquito" (p. 194) despectivamente por Custodio, que sólo ve en él a un terrateniente ocioso (p. 194). Por su parte, Efraín siente por Salomé, la mestiza, una atracción sensual desconocida en su relación con María:

...y entre alegre y vergonzosa, pero dejándome ver, al sonreír su boca, de medio lado, aquellos dientes de blancura inverosímil, compañeros inseparables de húmedos y amorosos labios; sus mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez escapa, por su bellaza a toda comparación (p. 197).

Añade además:

...pensaba que sobrada razón tenía mi compadre de celar a hija, pues a cualquiera menos malicioso que él podría ocurrírsele que la cara de Salomé con sus lunares, y aquel talle y andar, y aquel seno, parecían cosa, más que cierta, contada (p. 198).

Salomé sabe perfectamente bien cuáles son sus atributos y cómo debe usarlos para seducir a Efraín. Las malvas que lleva y las flores salvajes del baño, establecen una comparación adicional entre la blancura y la pureza de María y la tez sensual de la mestiza.

Sin lugar a dudas, Salomé resiente la vida que lleva:

Si yo fuera blanca, pero bien blanca; rica, pero bien rica...

—¿Me creerá que yo me he soñado que era todo eso que le venía diciendo...?

... ¡Que yo era blanca...! Cuando desperté me entró una grande, que... sentada, lavando ahí donde usted está, cavilé toda la semana con eso mismo... (p. 204).

Por su deseo de subir socialmente, Salomé mira más hacia Efraín y Justiniano, que son "blancos", que hacia Tiburcio. Este personaje complementa el problema planteado por el de Salomé. Tiburcio es mulato. Dentro de su clase social, su situación económica es bastante próspera. Según Custodio:

Ahí donde le ve, no le faltan ocho buenas yeguas de silla. Porque ñor Murcia, aunque vivía renegando que daba miedo, era un buen hombre, y le dejó todo eso al muchacho. Es el hijo de la mulata, que le costó al viejo una rebotación de tiricia que por poco se lo lleva, pues a los cuatro meses de haber comprado la zamba en Quilichao se le murió...

La versión de Salomé, aunque diferente, es esencialmente la misma:

Porque le han dicho que es hijo de caballero, nadie le da al tobillo ya en lo fechendoso, y se figura que no hay más que él... Como si yo fuera alguna negra bozal o alguna manumisa como él. Ahora está metido donde las provincianas, y todo por hacerme patear (p. 201).

Así pues, Tiburcio encarna al mulato, hijo ilegítimo aunque reconocido de blanco. Con mucha sutileza Isaacs aborda un problema, que si bien aparece presentado de manera explícita en el caso de la madre de Tiburcio, solamente aparece sugerido como posibilidad en el caso de Salomé. Según Magnus Mörner:

En Amérique espagnole l'illégitimité continue de marquer probablement la plupart des enfants d'origine métisée. Dans toutes les sociétés multi-raciales où la discrimination existe, les femmes de la race "inférieure" préfèrent être les concubines d'un homme de la race "supérieure", plutôt que les épouses légitimes d'un homme de leur propre race.

Gracias a su padre blanco y a la herencia de éste, Tiburcio se convierte en novio aceptable para Salomé. Notemos aquí la diferencia con el caso de Nay, quien rechaza la oferta que al respecto le hace Sardick.

Por falta de tiempo no podemos elaborar más sobre este complejo tema. Sólo deseamos mencionar un caso más. Se trata de Gabriela, "joven blanca y bastante bella", "una mestiza cartagenera" (p. 170). Pese a sus atributos físicos y morales, no pudo casarse con nadie mejor que William Sardick, extranjero, comerciante de negocios dudosos, hermano del contrabandista negro.

Para concluir, en *María*, Jorge Isaacs presenta un sistema de jerarquías sociales aparentemente inflexible. Este sistema se basa en una correlación entre las razas y las clases sociales.

No cabe duda que para la redacción de su novela, el escritor colombiano tuvo que comprender el proceso histórico por el que

pasó América Latina durante la mayor parte del siglo XIX. Según Pedro Henríquez Ureña: "Durante los cincuenta agitados años que transcurren entre 1820 y 1870, emprendióse una tarea titánica. Se cambió la estructura de la sociedad". Según el conocido crítico dominicano, esta transformación abarcó aspectos tan esenciales como lo son la economía y la educación. Debemos añadir que, tras la abolición de la esclavitud en Colombia, en 1851, la joven república vivió además otro proceso, esta vez de mestizaje, mucho más generalizado. Consecuentemente, las jerarquías sociales tendieron a ser más flexibles aunque, como es de suponer, no llegaron a eliminarse como tales.

Jorge Isaacs no hace en su novela una denuncia de este sistema. Sin embargo, el solo hecho de exponerlo en detalle, revela una actitud crítica frente a una sociedad llena de injusticias. Por tal razón, cada uno de los grupos sociales que allí aparecen, son descritos por separado, con atributos psicológicos, morales, físicos y económicos propios. Como ha dicho Luis Alberto Sánchez: "cada personaje se presenta como trasfundido, extracto de la vida real".

¿Qué más podría esperarse de una novela cuyo propósito principal es el de narrar la historia de los malogrados amores del casto y generoso Efraín con la hermosa y enfermiza María?